

en cuatro años se hacía á Xiuhotecutli, mataban muchos esclavos, cada uno con su mujer; el baile lo presidía el rey, y tomaba parte en la danza sólo la nobleza. Aquel mismo día agujeraban las orejas á los niños y niñas nacidos en los cuatro años anteriores; les tenían durante la operacion los padrinos ó *tellateahutz* y se ejecutaba horadando con un punzon de hueso, ensalmando la herida con la pluma blanda de papagayo llamado *tlachaiotl* y un poco de *ocotzotl*: despues les llevaban pasándoles por el fuego, ejecutando una especie de lustracion. (1)

La fiesta que se hacía cada ocho años, caía unas veces en el mes Quecholli y otras en el de Tepeilhuitl; llamábase Atamalualiztli, ayuno de pan y agua. Ocho dias ántes guardaban un ayuno rigoroso, comiendo una sólo vez al medio dia tamales sin sal ni otro ingrediente, y bebiendo tan solamente agua. Pasado el ayuno, seguía un baile en que creían bailaban todos los dioses, y por eso llamaban á la fiesta *Ixneztioa*, buscar ventura. Los danzantes se disfrazaban de aves, moscas, escarabajos, ó tomaban figuras de enfermos, vendedores y otras muchas invenciones. "Estaba la imagen de Tlaloc enmedio del areito, á cuya honra bailaban, y delante della estaba una balsa de agua, donde había culebras y ranas, y unos hombres que llamaban *maxa-tecaz* estaban á la orilla de la balsa, y tragábanse las culebras y las ranas vivas; tomábanlas con las bocas y no con las manos, y cuando las habían tomado en la boca, íbanse á bailar, íbanlas tragando y bailando, y el que primero acababa de tragar la culebra ó rana, luego daba voces diciendo *papa, papa*." (2) Esto recuerda los regocijos y juglerías del Carnaval, con su ayuno, aunque anticipado.

En Cuauhtitlan levantaban seis grandes palos como mástiles de navío; sacrificaban dos esclavas, desollábanlas y sacábanles los huesos de los muslos. Dos sacerdotes se vestían los pellejos, y empuñando las canillas, bajaban bramando, paso á paso, del templo, la gente que los veía gritaba como espantada, "ya vienen nuestros dioses, ya vienen nuestros dioses." Los dos sacerdotes desde abajo, adornados con cantidad de papeles, comenzaban á tocar con las canillas sus huehuetl, miéntras la multitud sa-

(1) Sahagun, lib. II, cap. XXXVII.

(2) Sahagun, tom. I, pag. 195.

crificaba delante de ellos muy grande cantidad de codornices. Despues, ataban en los palos seis cautivos; mas apénas bajaban los sacerdotes que les subían, hombres y muchachos disparaban sus flechas, hasta dejarles cuajados de ellas; volvían los sacerdotes á subir, despeñaban de lo alto á los cautivos, quienes no obstante que se estrellaban contra el suelo, eran en seguida sacrificados. (1)

Este culto era cruel. Como si no fueran suficientes los horrores de la víctima humana, los reyes pontífices y batalladores de Tenochtitlan por emulacion supersticiosa, ó más bien por rencor contra los enemigos que suministraban los objetos para el sacrificio, fueron inventando exquisitas maneras de hacer más lenta y dolorosa la agonía del prisionero. Empedernido el corazon á la vista repetida de las escenas sangrientas, los fieles aprendieron á no perdonar su propio cuerpo; sus maceraciones y penitencias ponen miedo, maravillando que se repitieran de una manera tan general y continuada. Por mucha que la paciencia sea al leer estas aberraciones, al fin brota del labio la maldicion contra culto tan absurdo.

Acerca del número de las víctimas, no andan conformes los autores; cosa puesta en razon, supuesto que no habiendo punto fijo de donde partir, las evaluaciones son á ojo, determinadas por el buen querer. El Sr. Zumárraga en carta de 12 de Junio 1524, asegura que solo en México se sacrificaban 20,000 personas. Torquemada dice que estos 20,000 era únicamente de los niños. Segun Gomara pasaban de 50,000. Acosta afirma, que en un solo dia eran muertos en el imperio 5,000 y aun 20,000. (2) El P. Durán se figura que el número de los que sucumbían en los altares, igualaba al de los muertos de muerte natural. Opina Clavigero que eran muchos, sin poder señalarse el número. Por el contrario, el P. Las Casas limita los casos, á lo más en ciento al año. Por mucho que se disminuyan, siempre resultará que son excesivos. Ningun pueblo, por otra parte, se extremó tanto como el méxica en tan abominable costumbre. Si el número de los sacrificados no se puede fijar con exactitud, debe formarse idea por estós datos. Los prisioneros de guerra estaban destina-

(1) Motolinia, trat. 1; cap. VII.

(2) Clavigero, tom. I, pag. 259.

dos como víctimas; los méxica eran conquistadores, extendieron su dominio por un grande territorio, y de continuo llevaban sus armas contra las provincias independientes ó rebeldes: en todas las guerras, no se procuraba tanto matar al enemigo, cuanto hacer el mayor número de cautivos. Las fiestas eran diarias, fuera de las solemnes de veinte en veinte dias: no habiendo guerra, se ocurría en estas ocasiones á la guerra pactada y religiosa contra Tlaxcalla, Cholollan y Huexotzinco. Además, se preparaba una gran hecatombe para la coronacion de cada uno de los reyes, ó cuando quería consagrarse algun nuevo monumento religioso. Espantan verdaderamente estas dos cifras; el número de los cráneos que los conquistadores vieron conservados en el Tzompantli; el número de los sacrificados en la sola dedicacion del templo mayor, que fueron 20,000 segun el Códice Telleriano Remense, ó 20,400 conforme al Códice Vaticano. Preciso es tambien tener en cuenta, la gran cantidad de esclavos vendidos para los sacrificios.

Tremendos cargos han sido fulminados contra los americanos por esta práctica impía. Para responder alzaron ya la voz nuestros compatriotas Clavigero (1) y el Sr. Don José Fernando Ramírez: (2) á su ejemplo vamos á decir tambien algunas palabras, en que sus luminosos escritos nos servirán de guías. Esta defensa y cuanto digamos, como vamos á ver, no es solo en favor de las antiguas tribus, sino de la humanidad entera.

“No ha habido casi ninguna nacion en el mundo, dice Clavigero, que no haya sacrificado víctimas humanas al objeto de su culto. Los Libros Santos nos dicen que los Amomitas quemaban á sus hijos en honor de su dios Moloch, y que lo mismo hacían otros pueblos de la tierra de Canaan. Los Israelitas imitaron alguna vez aquel ejemplo. Consta en el lib. IV de los Reyes, que Achaz y Manases, reyes de Judá, usaron aquel rito gentilico de pasar á sus hijos por las llamas. La expresion del texto sagrado parece indicar más bien una lustracion ó consagracion que un holocausto; pero el salmo CV no nos permite dudar que los Israelitas sacrificaban realmente sus hijos á los dioses de los

(1) Hist. antig. Disertacion VIII, tom. II, pág. 418.

(2) Hist. de la Conquista por Prescott, edic. de Cúmplido, tom. II. Notas y esclarecimientos.

Cananeos, no bastando á retraerlos de aquella bárbara supersticion, los estupendos y admirables milagros obrados por el brazo omnipotente del verdadero Dios. “*Commisti sunt inter gentes, et didicerunt opera eorum, et servierunt sculptilibus eorum, et factum est illis in scadalum. Et immolaverunt filios suos et filias suas Dæmoniis. Et effuderunt sanguinem innocentem; sanguinem filiorum suorum et filiarum suarum quas immolaverant sculptilibus Chanaan. Et infecta est terra in sanguinibus.*”

“De los egipcios sabemos por el testimonio de Maneton, sacerdote é historiador célebre de aquella nacion, citado por Eusebio de Cesarea, que cada dia se inmolaban tres víctimas humanas en Heliópolis solo á la diosa Juno. Y no eran solo los Amomitas, los Cananeos y los Egipcios los que obsequiaban de un modo tan inhumano á sus dioses Moloch, Belfegor y Juno; pues los Persas hacían iguales sacrificios á Mitra ó el sol, los Fenicios y los Cartagineses á Baal ó Saturno, los Cretenses á Jove, los Lacedemonios á Marte, los Focenses á Diana, los habitantes de Lesbos á Baco, los Tesalónicos al centauro Quiron y á Peleo, los Galos á Eso y á Teutates, los Bardos de la Germania á Tuis-ton, y así otras naciones á sus dioses tutelares. Filon dice que los Fenicios, en sus calamidades públicas, ofrecían en sacrificio á su inhumano Baal los hijos que más amaban, y Curcio afirma que lo mismo hicieron los Tirios hasta la conquista de su famosa ciudad. Sus compatriotas los Cartagineses observaban el mismo rito en honor de Saturno el Cruel, llamado así con justa razon. Sabemos que cuando fueron vencidos por Agátocles, rey de Siracusa, para aplacar á su dios, que creían irritado contra ellos, le sacrificaron 200 familias nobles, además de 300 jóvenes, que espontáneamente se ofrecieron en holocausto para dar este testimonio de su valor, de su piedad para con los dioses y de su amor á la patria, y según asegura Tertuliano, que como africano y poco posterior á aquella época, debía saberlo bien, aquellos sacrificios fueron usados en Africa hasta los tiempos del emperador Tiberio, como en las Galias hasta los de Claudio, segun dice Suetonio.”

“Los Pelasgos, antiguos habitantes de Italia, sacrificaban para obedecer á un oráculo, la décima parte de sus hijos, como cuenta Dionisio de Halicarnaso. Los romanos que fueron tan sanguinarios y supersticiosos, conocieron tambien aquellos sa-

crificios. Durante todo el tiempo del dominio de los reyes, inmolaron niños en honor de la diosa Maia, madre de los Lares, para implorar de ella la felicidad de sus casas. Indújoles á esta práctica, segun dice Macrobio, cierto oráculo de Apolo. Por Plinio sabemos que hasta el año 657 de la fundacion de Roma, no se prohibieron los sacrificios humanos. "*DCLVII demum anno urbis, Cn. Corn. Lentulo Licinio Coss. Senatum consultum factum est, ne homo immolaretur.* Mas no por esta prohibicion cesaron de un todo los ejemplos de aquella bárbara supersticion, pues Augusto, segun afirman varios escritores citados por Suetonio, despues de la toma de Perugia, donde se había fortificado el consul L. Antonio, sacrificó en honor de su tio Julio Cesar, divinizado ya por los Romanos, 300 hombres, parte senadores y parte caballeros, escogidos entre la gente de Antonio, sobre un altar erigido al nuevo dios. "*Perusia capta in pluribus animadvertit; orare veniant, vel excusare se conantibus una voce occurens, moriendum esse. Scribunt quidam trecentos et deditiis electos, utriusque ordinis ad aram D. Julio exstructam Idib. Martiis victimarum more mactatos.*" Lactancio Firmiano que conocía á fondo á la nacion Romana y que floreció en el siglo IV de la Iglesia, dice expresamente que aun en sus tiempos se hacían aquellos sacrificios en Italia al dios Lacial. "*Nec Latini quidem hujus immanitatis expertes fuerunt siquidem Latialis Jupiter etiam num sanguine colitur humano.*" Ni los españoles se preservaron de aquel horrible contagio. Estrabon cuenta en el lib. III, que los Lusitanos sacrificaban los prisioneros cortándoles la mano derecha para consagrarla á sus dioses, observando sus entrañas y guardándolas para sus agüeros; que todos los habitantes de los montes sacrificaban tambien á los prisioneros con sus caballos, ofreciendo ciento á ciento aquellas víctimas al dios Marte, y hablando en general dice, que era propio de los españoles sacrificarse por sus amigos. No es ajeno de este modo de pensar lo que Silio Itálico cuenta de los Béticos sus antepasados, á saber, que despues de pasada la juventud, fastidiados de la vida, se daban muerte á sí mismos, lo que él elogia como una accion heroica:

"Prodiga gens animæ et properare facillima mortem;

"Nanque ubi transcendit florente viribus annos,

"Impatiens ævi spernit venisse senectam,

"Et fati modus in dextra est.

"Quién diría que esta manía de los Béticos había despues de ser una moda en Francia y en Inglaterra? Viniendo á tiempos posteriores, el P. Mariana, hablando de los Godos, que ocuparon la España, dice así: "Porque estaban persuadidos que no "tendría buen éxito la guerra, si no ofrecían sangre humana por "el ejército, sacrificaban los prisioneros de guerra al dios Marte, "al cual eran particularmente devotos, y tambien acostumbraban ofrecerle las primicias de los despojos, y suspender de las "ramas de los árboles los pellejos de los que mataban." Si no hubieran olvidado esta especie los españoles que escribieron la historia de México, y hubieran tenido presente lo que pasaba en su misma península, no se habrían maravillado tanto de los sacrificios de los mexicanos."

Dejando á Clavigero, encontramos en Cesar Cantú: (1) "La mayor parte de los pueblos han inmolido víctimas humanas. Fenicios, Egipcios, Árabes, Cananeos, habitantes de Tiro y de Cartago, Persas, Atenienses, Lacedemonios, Jónicos, todos los griegos del continente y de las islas, Romanos, antiguos Bretones, Hispanos, Galos; todos han estado igualmente sumergidos en esta horrible preocupacion. Para conseguir el favor de los dioses, el rey de Moab ofreció á su hijo en holocausto sobre los muros de su capital, sitiada por los Israelitas, causando esta accion tal horror á los sitiadores, que al momento se alejaron. (2) No puede menos de sentirse un estremecimiento de horror al leer en los autores tanto antiguos como modernos la descripcion de los sacrificios humanos, usados desde los tiempos más remotos en toda la gentilidad, y practicados hoy dia en la India y en lo interior del Africa. Ignórase quién fué el primero que aconsejó tan atroz barbarie; pero haya sido Saturno, como resulta en el fragmento de Sanconiaton, ó Licaon como Pausanias parece indicar, es lo cierto que esta costumbre echó profundas y robustas raíces. La inmolation de las víctimas humanas era una de las abominaciones que Moisés reprendió á los Amorreos; los Moabitas sacrificaban niños al dios Moloc, cuya cruel costumbre prevaleció entre los Tirios y Fenicios, y los mismos Hebreos la habían tomado de sus vecinos."

(1) Hist. Universal, tom. VIII, pág. 787.

(2) IV Reg. IV. 27.

El mismo Cantú escribe en otra parte: (1) "Quisiérase negar la historia cuando nos muestra este abominable uso practicado en todo el universo; pero para oprobio de la especie humana no hay cosa más incontestable, pues que hasta las ficciones de la poesía atestiguan esta preocupacion universal."

Copiando ahora al Sr. Ramírez, (2) dice: "En efecto, dejando á un lado la sola tradicion histórica, que nos conduciría en nuestras investigaciones á una época más remota que la del sacrificio intentado por Abraham, (3) y ateniéndonos únicamente á aquellas pruebas de hecho que aun se conservan, y que podemos juzgar por nosotros mismos, es de veras muy digno de atencion que la prueba de la existencia de los sacrificios humanos se encuentra en monumentos que á su vez son testigos irrecusables de la alta civilizacion á que había llegado el pueblo que los construyó; cual si nos dijese en lenguaje misterioso que aquellos habían caminado á la par de ésta. Las estupendas ruinas de Persépolis, que nos transportan tantos siglos más allá de Alejandro, han perpetuado en sus magníficos relieves la memoria de los sacrificios humanos: (4) la misma se reproduce en las pinturas halladas en los sepulcros de los reyes de Tebas, no dejando duda alguna, dice el baron de Humboldt, de que los egipcios practicaron estos sacrificios. (5) Muestras de ello se reconocen en los escombros que cubren la isla Phila ó Philoe, cuyos acabados relieves y cincelados mármoles nos hacen retroceder, en los más modernos, un periodo de cinco mil años. (6) En fin la antigua y misteriosa India nos presenta en el collar de cráneos humanos que adornan el cuello de la diosa Cali ó Bhavani, así como tambien en las esculturas de Elephantina, la práctica de las tremendas lecciones contenidas en sus libros sagrados. (7)

(1) Loco cit. pág. 772.

(2) Notas y esclarecimientos, pág. 39.

(3) El sabio Abate Guenéé conviene en que esta especie de sacrificios estaban en uso mucho ántes de Abraham. *Lettres de quelques juifs*, vol. II, lett. 3, § 2.

(4) Chardin, *Voyages en Perse*, &c., vol. IX, pág. 63 y sig. edic. 12.º 1711.

(5) Vues des Cordillères, &c. Planche XV, vol. I, pág. 289 in 8.º

(6) Histoire scientifique et militaire de l'expédition française en Egypte, vol. V ó III, cap. I, in 8.º 1832.

(7) Vues, &c., loc. cit. pág. 256.—"El placer que causa á la divinidad el sacrificio de una tortuga, dice la ley del Indostan, solamente le dura un mes; el que recibe del sacrificio de un cocodrilo, dura tres meses; una víctima humana le causa un pla-

Por lo que toca á los pueblos que llamaré modernos, considerándolos como la almáciga ó el tronco de donde brotaron las naciones que hoy llevan la bandera de la civilizacion, es muy fácil probar con su misma historia, que ni uno sólo de ellos ha escapado á aquel bautismo de sangre, cual si éste formara uno de los necesarios eslabones de la cadena social, que ninguno tendría el privilegio de saltar." (1)

Del testimonio conforme de los autores se deduce, que la práctica de los sacrificios humanos ha sido comun al Antiguo y al Nuevo mundo. ¿Podremos inferir de su universalidad, la bondad de la costumbre? De ninguna manera: la repeticion de un acto criminal, ni le abona, ni le justifica. Pero se puede establecer, que los europeos cometen un acto de injusticia y de irreflexion al levantar el grito contra esta barbarie de los americanos achacándoles como crimen particular el que tambien es propio suyo y comun. Cuanto de los indios digan, cae sobre la cabeza de todos los pueblos; ese afectado horror está fuera de lugar; si álguien está inocente tire la primera piedra.

Mas esta mancha de la humanidad ¿alcanza alguna explicacion plausible? ¿Tan grande falta es, que no admite disculpa ni merced delante de la razon? Tal vez pudiera merecer alguna.

En último análisis, los sistemas religiosos de los filósofos se resúmen en estos principios. Dios crió al hombre, se comunicó con su obra, se le dió á conocer y le impuso una doctrina; la revelacion. Ésta es mi creencia. La idea de la Divinidad es innata en el hombre: la intuicion. Dios y su culto son un esfuerzo de la inteligencia humana, y marcan cierto estado de adelanto: la evolucion. En ningun caso puedo creer con el poeta, que los primeros dioses hayan sido el parto del temor. (2) No en el prime-

*cer de mil años, y tres, un placer de cien mil años.* De la religion considerée dans sa source, &c., por B. Constant, lib. XII, cap. 2, in 8.º 1831.—Es probable que así hayan discurrido todos los pueblos, desde el momento en que les ocurrió salpicar con sangre las aras de sus dioses, sin que fuera bastante á contenerlos otro poder, que el emergente del abuso mismo del sacrificio.

(1) Para no fastidiar á mis lectores con la lectura insípida de un mismo hecho, variando solamente con los nombres propios de los pueblos, lo remito al capítulo citado de B. Constant, y al lib. VII de la Monarquía indiana del P. Torquemada, donde hallará una gran parte de las pruebas que podrían producirse en apoyo de esta proposicion.

(2) Primus in orbe Deos fecit timor.